

Por lo demás, el conflicto planteado en tan lejanas tierras resulta ser, en palabras de Aguilar Piñal, «un drama de honor típicamente castellano en el que se enfrentan el amor y el honor, como en tantos otros del repertorio nacional». Estoy sustancialmente de acuerdo con la interpretación de la obra que hace el editor en su muy interesante estudio preliminar, pero intentaré hacer, por mi parte, una lectura de la *Solaya* que ponga de manifiesto, junto a los aspectos destacados por Aguilar Piñal, otros que me parecen igualmente importantes.

Desde el comienzo del acto primero conocemos cuál es el conflicto planteado en la obra: aparece el senador Hadrio acompañado por sus dos hijos, Heraclio y Casiro. Por el diálogo que entre ellos tiene lugar sabemos que Selín, príncipe tártaro, ha venido a Circasia para llevarse consigo como tributo de guerra a un grupo de doncellas circasianas elegidas por sorteo. Solaya, hija de Hadrio, no ha sufrido tan terrible desgracia, pero Selín y ella se han enamorado. Casiro, el hermano menor, propone inmediatamente vengarse matando a los dos amantes. Pero su padre y su hermano, más prudentes, deciden que sea Heraclio el que intente convencer a Solaya de que no puede mancillar tan gravemente el honor de la familia.

¿El honor familiar tan sólo? No; el de todo el pueblo circasiano. Como muy bien señala Francisco Aguilar, la unión de Solaya con el tirano extranjero supondría por encima de todo una traición a la patria, «lo cual representa una sutil evolución de la idea barroca del honor, ahora más colectivo que individualizado, como patrimonio de la nobleza, que sustituye al rey en la defensa de la colectividad, como el concepto de patria sustituye al de monarquía». Véanse las palabras con que Hadrio da instrucciones a su hijo mayor:

*Heraclio, tú, que menos joven eres,
intenta cuantos medios discurrieres.
Acuérdate que es hija y que es hermana;
acuérda la que es noble y circasiana.*

(vs. 125-9)

aficionados a exóticas novedades, estuvo de moda un tipo de traje que recibía el nombre de *circasiana*. Un testimonio que lo confirma puede encontrarse precisamente en los ya aludidos *Anales de cinco días, en los que se vio y escribió todo lo que pasa en el siglo ilustrado*, redactados hacia 1778. Ahí se nos describe la indumentaria de dos petimetres en los siguientes términos: «El uno vestía una casaca o sobretodo, *sortú* o *cabriolé* de color obscuro, forro amarillo y guarnición de plata. A esta cubierta, funda o vestido llamaban *pequés*; y el otro, otra encarnada y oro, que nombraron *circasiana*, con pasamanos de cadenillas y borlitas, por *quid pro quod* [*sic*] de ojales y botones» (*Semanario erudito*, XVII, Madrid, 1789, p. 249). Puesto que toda la obra censura, mediante el empleo de la cursiva, los abundantes galicismos con que se salpicaban las conversaciones, cabe suponer que esta prenda era también de importación francesa; el *Trésor de la langue française* atestigua, en efecto, esta acepción de la palabra *circassienne*: «robe souvent en gaze, à la mode au XVIII^e siècle».

Palabras que se repiten poco después en la reconvención a Solaya por parte de su hermano:

*Solaya, ¿no oyes las paternas quejas?
¿De tus hermanos el dolor y el llanto?
¿Y de Circasia el general quebranto?*

(vs. 236-9) (13)

Heraclio, naturalmente, no consigue convencerla. Y es que, para sorpresa del lector, Selín no es ningún desaprensivo: «No, no es un tirano», dice Solaya. «¡Qué poco le conoces! Es humano, / que leyes quebrantó» (vs. 229-31). Por otra parte, ella confiesa estar dominada por la fuerza irresistible del amor, sin que por eso deje de hacer muy juiciosas reflexiones. El acto se cierra con la aparición de Selín, a quien Solaya tranquiliza asegurándole que su padre y hermanos aprueban la unión.

El acto segundo se abre con uno de esos parlamentos claramente propagandísticos al servicio de la mentalidad ilustrada tan frecuente en las tragedias neoclásicas, pero adviértase que es Selín el que lo pronuncia y que se trata de un elogio de Hadrio como varón prudente, como político pacifista, que abomina del «ocio» y del «lujo». En ambos personajes, Hadrio y Selín, acumulará Cadalso a lo largo de la obra las notas características del gobernante ilustrado; padre y amante —piensa de momento el lector— podrían muy bien entenderse, pero muy pronto se van a empezar a torcer las cosas: tras la aparición en escena de una Solaya profundamente alterada para quien ya «la vida o muerte me es indiferente» (v. 492), se produce un primer enfrentamiento verbal entre Selín y el impetuoso Casiro. Llegamos así a la primera escena, en que están presentes todos los personajes principales de la tragedia, una escena en la que queda de manifiesto que el más violento, el único que no sabe controlar su pasión (la pasión del honor) es Casiro. Selín, que se muestra muy templado y razonador en todo momento y que hasta afirma haber aprendido esa moderación nada menos que del modelo que ve en Hadrio, propone con gran sensatez que sea Solaya la que decida lo que va a hacer (14). La idea le parece a Hadrio «virtud grande», a Heraclio «prudencia» y a Casiro, como era de esperar, «cobardía» (v. 666). Con este pacto entre caballeros y con las primeras y angustiosas dudas de Solaya se cierra el acto.

(13) Más adelante, en el acto IV, dirá Solaya: «mas hoy siento en mi pecho vacilante / de mi Patria el amor y el de mi amante» (vs. 1045-6).

(14) El reconocimiento explícito de la libertad de elección en la mujer me parece uno de los rasgos de modernidad que deben ser destacados en la *Solaya*.

Es interesante señalar que en las dos obras dramáticas cadalsianas que hoy conocemos la mayor parte de la tensión argumental descansa sobre las terribles dudas de la protagonista, que se ve obligada a optar entre el amor a un hombre y el amor a su familia, con la agravante de que la elección del primero conlleva la infidelidad a su patria. En efecto, al igual que Solaya, la doña Ava de *Don Sancho García* se ve en la tesitura de elegir entre su pasión por Almanzor y su amor maternal hacia su hijo don Sancho, a quien el moro le ha propuesto que dé muerte. Pero los términos de la duda y el mantenimiento de la intriga me parecen mejor planteados en *Solaya*, pues en *Don Sancho García* la posibilidad de que doña Ava decida matar a su propio hijo es vista por lectores o espectadores como una monstruosidad por la que, a pesar de todo, ella se decide en el acto tercero. Solaya, en cambio, no adopta una resolución definitiva hasta el acto cuarto y sus dudas están mucho más justificadas para el lector, que comprende perfectamente los términos en que se plantea el dilema y acaba por identificarse con ella aun intuyendo el trágico fin que espera a los amantes.

Las continuas vacilaciones de Solaya ocupan buena parte del acto tercero, en especial la espléndida escena quinta. Pero veamos lo que ha ocurrido con anterioridad: al iniciarse el acto sabemos que Hadrio ha reunido una tropa de circasianos dispuesta para actuar, cosa que el siempre impetuoso Casiro quiere hacer de inmediato. Pero su padre recomienda una vez más prudencia y nos informa de que ha dispuesto la tropa como medida precautoria: sabe por Casalia, criada de Solaya, que ésta se inclina cada vez más a dejar a Selín y teme que el extranjero no cumpla lo pactado e intente raptarla. Casalia, en efecto, confirma que Solaya está prácticamente decidida a quedarse: padre e hijos se abrazan y lloran de alegría. Aparece Selín, quien en un principio cree roto el pacto al interpretar la presencia de tropas como una forma de presión sobre Solaya. Pero la explicación de Hadrio le convence y asegura que para él sigue en pie el pacto y que respetará la decisión de Solaya. Igualmente Heraclio y también Hadrio —esto es importante— siguen ratificándose en lo convenido e incluso dan garantías de que si Solaya cambiara de opinión ellos también la respetarían y la dejarían marchar. Llegamos así a la aludida escena quinta, en que tanto Casalia como Kaulín (ayudante del príncipe tártaro) esperan de los labios de Solaya una decisión definitiva que comunicar a sus respectivos señores. Es aquí donde Solaya empieza a cobrar grandeza como personaje y donde hace gala Cadalso de notable finura en el análisis psicológico de su heroína: las palabras que ella ha oído a Selín y que interpreta como muestras de

Acto cuarto: se acerca la noche, momento en que Selín debe partir para Tartaria. Se produce entonces un decisivo encuentro entre el príncipe y Solaya, en el que la serenidad con que el primero afronta su posible partida en solitario es nuevamente interpretada por ella como tibieza. Selín expone que no puede hacer más por conseguirla que lo que ha hecho, que un príncipe de su categoría no puede humillarse hasta el punto de suplicarle su amor con «lágrimas pueriles». Es entonces cuando Solaya le llama «insensible» y hace una encendida exaltación de la pasión amorosa frente a los valores guerreros y de nobleza que Selín defiende; hasta que, superados estos reproches, Solaya tiene un arranque de decisión:

*Sólo sé que te adoro y que deliro.
Ceda el patricio al amoroso exceso.
Selín, ésta es mi mano.*

(vs. 1246-8)

Aparecen Hadrio y sus hijos, a los que Solaya comunica su resolución. Tras los lamentos de rigor, Hadrio y Heraclio parecen aceptarla, pero Casiro les dice que no tienen por qué cumplir el pacto ya que al llegar ellos estaba Solaya con Selín, quien probablemente ha aprovechado «para rendirla con amantes voces» (v. 1307). El lector sabe muy bien que esto no es así, lo que convierte a Casiro en el único que con su fogosidad incumple lo pactado y, por tanto, en el desencadenante final de la tragedia que se avecina, al conseguir vencer a su padre y hermano de que un delito así debe castigarse con la muerte. Cuando termina el acto sabemos que el palacio está en llamas por la intervención de las tropas de circasianos y que tanto Hadrio como sus hijos se han lanzado a la persecución de los dos amantes.

El último acto, pues, y a pesar de las escasas acotaciones escénicas que utiliza Cadalso, debe imaginarse rodeado del ambiente tenebroso y fúnebre propio de un drama romántico: resplandor de las llamas, antorchas encendidas, sangre, ruidos, confusión. Selín está acorralado en una dependencia del palacio, abandonado por la mayoría de su gente. Cuando Heraclio y Casiro van a por él, Hadrio les pide que respeten la vida de Solaya. Pero en ese momento dos oficiales circasianos anuncian que todos los tártaros están muertos o huidos, las doncellas circasianas en libertad y que Selín y Solaya han sido apresados. Relata uno de ellos también —y el detalle es significativo— cómo Solaya ha intentado, sin éxito, suicidarse. El viejo Ha-